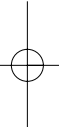



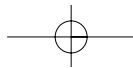
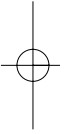
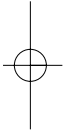
# 1

## El Reino del Otro Mundo

*El verdadero imperio de las mujeres*

 Si va a torturar a sus esclavos en su habitación después de medianoche, por favor, limite sus gritos.

Del reglamento de The Other  
World Kingdom 



*Aquella noche, compré un tigre. Bastante adiestrado, bastante cariñoso.*

*—Tengo un gato en mi casa y lo echo mucho de menos. Así que hazme el gatito. Ronronea —le ordené a mi tigre.*

*«Lo siento, Señora, no puedo, no soy un gato, soy un tigre», respondió el tigre, con aire serio.*

*Aun así, se pegó a mis piernas y empezó a frotarse. Sé que quería agradarme.*

*Compré un tigre cuya dueña, Lilith, me agradeció sinceramente hacerme cargo de él. Había trabajado tanto por la tarde pintándole las rayas negras de su pelaje que no venderlo en la subasta le habría entristecido. Todos actuábamos según el papel establecido y me asombraba ver cómo fluíamos juntos, lo natural que era nuestro comportamiento. Como si estuviésemos estrenando una obra de teatro, trabajada a la perfección a lo largo de toda la vida, cuyos diálogos conocíamos sin tener que recurrir al guión. Mientras paseaba, orgullosa, a mi tigrecito, pensaba en eso: la teatralidad. Las demás dóminas aprovechaban para acariciar al tigre cuando Objeto se acercó con mucha humildad para saber si necesitaba algo.*

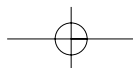
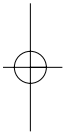
*—Sí. Ve al bar y pide un vaso de vino blanco para mí y una cerveza sin alcohol para mi esclavo. ¡Ah! Y un vaso de agua también.*

*—Sí, Señora. A su servicio, Señora. Con su permiso, me retiro, Señora.*

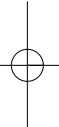
—Vale. Pero cuando vuelvas, quiero que me recites algo de Shakespeare.

—Of course, Madam.

Y corriendo, Objeto se fue hasta el bar a pedir lo que le había ordenado. Se oía el tintineo del candado que colgaba de sus genitales. En su nalga izquierda, se dibujaba un morado que, por el aspecto multicolor que tenía, era sin duda reciente. La silueta del cuerpo desnudo de Objeto se perdió en la oscuridad de la discoteca.



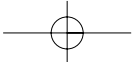
«Bienvenidas al Reino del Otro Mundo:  
no olviden atar el collar alrededor del  
cuello de su criatura masculina»

 El Reino del Otro Mundo se encuentra a una hora y media de Praga, entre la capital y Brno, en una localidad llamada Cerna. Puedo situarla en un mapa de la República Checa. Pero no pondría la mano en el fuego sobre la exactitud del emplazamiento del castillo. Es curioso, no me preocupé de saber dónde se encontraba aquel lugar, quizá con intención de borrarlo luego de mi memoria. O para no ser demasiado consciente de adónde iba. O para no comerme demasiado la cabeza sobre lo que podría pasar en caso de emergencia, al estar aislada de cualquier población grande. Monique, la persona gracias a la cual yo estaba a punto de entrar en la meca del sadomasoquismo, me había explicado que el castillo se encontraba en medio del campo, cerca de un pequeño pueblo.

—Nos van a tratar como reinas, que no te quepa la menor duda —me dijo Monique, excitada, a las puertas del castillo.

Yo también estaba excitada, pero a la vez me asustaba pensar en lo que iba a encontrar tras esas murallas.

Habíamos aterrizado en el aeropuerto de Praga esa misma mañana. Nos estaba esperando un chico rubio impresionante, con un cartel en el que se leía «OWK», es decir, Other World Kingdom. Pensé que era un esclavo de la Reina Patricia, la soberana del lugar. Pero sólo se trataba de un taxista que tenía dificultades para comunicarse con nosotras. Durante el trayecto en coche, Monique



y yo estuvimos bromeando sobre nuestra estancia allí. A ella la notaba segura de sí misma. Era normal. Éste era su cuarto viaje al reino. En cuanto a mí, estaba sobre todo preocupada por mi papel, por cómo comportarme en semejante situación y por no saber lo que me esperaba. Había visto una galería de fotos en la web oficial del castillo y la verdad es que me habían impresionado. Aparte de enseñar la mayoría de las instalaciones, incluidas las salas de tortura, la web mostraba sangrientas sesiones de SM. Durante el evento, se iban a reunir las dóminas más importantes de todo el mundo, venidas de los cuatro rincones del planeta para asistir a la ceremonia oficial. No todas iban a ser como Monique: agradables, comprensivas, con sentido del humor, y una idea clara de que el SM (somasoquismo) es más que unos azotes en el culo de un esclavo.

La adrenalina empezó a subir en cuanto llegamos a nuestro destino. De pie, delante de la puerta del dominio, nadie pareció prestar atención a nuestras llamadas insistentes al timbre. Transcurrieron quince largos minutos. El nerviosismo y la impaciencia empezaban a hacer mella en nosotras, pero Monique no perdía su bonita sonrisa. El taxista aguardaba con aire serio, sin mirarnos; probablemente quería asegurarse de que íbamos a entrar. Me tranquilizaba tenerle ahí, para que nos pudiera llevar de vuelta a la capital en caso de que no nos atendiera nadie. Finalmente, un chico rubio, de facciones arias, abrió la puerta y nos hizo pasar. Nos llevó directamente a recepción, donde tuvimos que rellenar unos documentos que no me tranquilizaron en absoluto. Su objetivo era descargar de responsabilidades al OWK en caso de problemas.

—Para las autoridades checas —dijo el chico rubio cuando le pregunté si era necesario complimentar aquello.

—¿Qué pasa? ¿Viene la policía aquí a pedir un registro de los huéspedes? —pregunté, intentando conservar la calma.

—No. Policía, no —me contestó en un inglés pobre.

—No te preocupes —me tranquilizó Monique—. Es una formalidad, nada más. Aquí nunca hay problemas.

Iba a tener que creerla. No temía a la policía, sino a lo que podía pasar dentro del castillo. Hicimos cambio de euros a doms (1 dom = 0,68 euros), la moneda oficial del Reino, y única aceptada para pagar comidas y compras en la tienda del OWK, recogimos la llave de la habitación y nos fuimos.

La mayoría de la gente que estaba llegando hablaba inglés. Al salir, cogí varios prospectos sobre las actividades de esos días y el reglamento del castillo, cuyo contenido reproduzco parcialmente a continuación:

Bienvenidas al Reino del Otro Mundo (OWK). ¡El verdadero Imperio de las Mujeres!

Reglas básicas de comportamiento dentro del Reino:

- Las mujeres en OWK son superiores a las criaturas masculinas, y dichas criaturas tienen que actuar en consecuencia.
- Todas las criaturas masculinas deben llevar un collar alrededor del cuello las veinticuatro horas del día.
- Los sillones, las sillas y las banquetas están reservados sólo a las mujeres.
- Sólo las mujeres pueden andar encima del pavimento del recinto.
- Las mujeres tienen siempre ventaja sobre las criaturas masculinas, y en cualquier sitio.
- Todos los servicios que da OWK están reservados a las mujeres.
- Está prohibido alimentar a los esclavos que no sean propios.
- Está prohibido castigar duramente a un esclavo ajeno sin el permiso de su dueña.
- Está prohibido practicar juegos eróticos en las áreas públicas.
- Está formalmente prohibido sacar fotos o filmar vídeo.
- ¡Las personas que entren en el Palacio de la Reina deben estar vestidas! (Las criaturas masculinas deben estar vestidas de tal forma que el cuerpo entero esté cubierto, incluidos los genitales, el culo y las partes altas del cuerpo.)

- Cuando suene el Himno del Reino, las mujeres deben levantarse, y los hombres, arrodillarse.
- El OWK no se hace responsable de la pérdida o destrucción de objetos personales.
- El OWK no se hace responsable de las lesiones y heridas causadas, enfermedades contraídas u otros daños y perjuicios contra la salud.
- Cualquier persona que entre en el Reino del Otro Mundo lo hace bajo su propio riesgo.
- Las personas del OWK no están aseguradas dentro del área del Reino por OWK.
- OWK se reserva el derecho, en caso de violación grave del reglamento, de expulsar a las personas del Reino, sin compensación económica ninguna.
- En caso de disputas, la palabra final y definitiva la tendrá la primera *hoffmistress*.

#### *Comidas*

- El desayuno y la cena se sirven en el pub U Chomouta en la Long House. Está abierto de nueve de la mañana a nueve de la noche.
- El desayuno (de nueve a once de la mañana) está incluido en el precio de la estancia, pero la cena y las bebidas se deben pagar inmediatamente en efectivo en doms.
- Si no está satisfecho con la comida, puede comer en el hotel del pueblo vecino, Merin, o en la ciudad de Velké Mezirici.
- El agua de todo el recinto (excepto la del lago del parque) es potable.

#### *Alojamiento*

- Le rogamos nos informe de cualquier problema que tenga con el alojamiento en la recepción en la New House.
- Si va a torturar a sus esclavos en su habitación después de medianoche, por favor, limite sus gritos.

- Cuando el recinto está lleno de invitados, es posible que el agua caliente escasee (sobre todo por la noche). No pierda la oportunidad de ducharse durante el día.
- En caso de problemas de salud, incendios, etc., informe inmediatamente a la recepción. De noche, contacte con Madame Gabrielle llamando al timbre de la puerta de la tienda.

Estoy convencida de que cualquiera que leyera este reglamento, fuera de contexto y sin saber en qué consiste el verdadero SM, se espantaría. Yo misma, a pesar de estar plenamente instruida en el tema, de haber convivido con gente del ambiente y de ir con una dómima profesional de primera categoría, no pude quedarme indiferente. Es más, me entraron escalofríos. Pero también estaba claro que nadie entraba en el Reino del Otro Mundo sin poner reglas y límites en cuanto al uso de su cuerpo, los castigos que se iban a recibir, etc. Es decir, no se hace a ninguna «criatura masculina» algo que ésta no haya pactado previamente.

Monique me explicó que al Reino acuden dos tipos de hombres: los que van acompañados de su ama, que están de alguna forma protegidos por ella —dado que las demás amas no pueden tocar a un esclavo que no sea el suyo—, y los que acuden solos. A estos últimos se les llama «huérfanos» y están a disposición de todas las señoras durante su estancia. Suelen ser hombres «públicos» que se ofrecen a las mujeres para recibir azotes, limpiar sus botas para que estén siempre relucientes y hacer todo tipo de recados según sus gustos. Que quede claro que nadie hace nada en contra de su voluntad.

Luego están los esclavos personales de la Reina Patricia, los cuales, bajo ningún concepto, se pueden tocar (salvo falta grave por su parte). Llevan una camiseta del OWK con un círculo negro. Los intocables, los llegué a llamar yo. Están esencialmente al servicio de Su Majestad, comen separados de los demás esclavos y duermen en las catacumbas del castillo.

Una vez instaladas en la habitación, Monique y yo nos preparamos para comenzar la exploración del lugar sadomasoquista más importante del mundo.

## Mis relaciones con una dómina: Lady Monique

La primera vez que oí hablar de la existencia del Reino del Otro Mundo fue en una popular revista francesa. Recuerdo que estaba de vacaciones en Francia, en casa de mis padres, y que, muerta de aburrimiento, me pasaba el día leyendo todas las revistas que mi madre conservaba como un tesoro en un pequeño baúl de madera. De eso hace nueve años. En una de ellas, aparecía un largo reportaje sobre las instalaciones de un castillo, situado en Cerna, República Checa, donde las mujeres dominaban a los hombres. Ricos empresarios de todo el mundo acudían a este lugar y pagaban para tener relaciones sadomasoquistas con señoras. Algunas fotografías aterradoras ilustraban la publicación. Recorté las cuatro hojas de la revista y las guardé en el bolsillo, un poco avergonzada. Sin dudar, decidí incluso arrancar el índice de la revista temiendo que mi madre pudiera descubrirlo. He conservado el reportaje durante todos estos años porque me llamó mucho la atención. No podía imaginar que mi curiosidad me iba a llevar un día a descubrir en primera persona los misterios que escondía ese morboso lugar.

Después de publicar mi primer libro *Diario de una ninfómana*,\* empecé a colaborar con algunos medios de comunicación. Recuerdo que hablé varias veces del SM, aunque no lo había practicado de manera consciente. Mis experiencias en este terreno se limitaban

\* Plaza & Janés, 2003.

a lo que se llama «psicosado» —más adelante definiré sus características—, con algún ex o con clientes del burdel en el que trabajé en Barcelona. Pero fueron más una puesta en escena que golpes reales. Siempre he defendido el SM como práctica sexual alternativa, cuando es sano, seguro y consensuado. De hecho, la gente del mundillo predica este lema. Y no duda en desentenderse de cualquier práctica que no respete estas tres condiciones.

Creo que el SM está más cerca del *Ars amandi* que describía Ovidio en el siglo I d.C. que de la postura del misionero. Tengo recopilados unos cuantos artículos al respecto. Recuerdo que una periodista del diario *El Mundo* se explayó, no sin cierta ironía, con una frase mía que levantó polémica: «Es mucho más democrático practicar SM con tu pareja que abrirte de piernas un sábado por la noche porque toca». Suena escandaloso. Pero no lo es. El SM es un juego, sellado por un pacto en el que nada se hace en contra de la voluntad de los participantes. Ya sabemos que muchas mujeres practican sexo, aunque no les apetezca, para quedar bien, porque toca. ¿Es eso democrático? Desgraciadamente, el mundo del SM tiene mala prensa porque la industria pornográfica muestra escenas que están muy lejos de lo que es en realidad una verdadera sesión SM, y contribuye, sin saberlo, a asociar irremediamente el SM con violencia.

En mis apariciones públicas, mencionaba aquel lugar de Praga y afirmaba que en el SM había mucho amor, ya que se tiene que querer mucho a una persona para entregarse completamente a ella y decirle que haga lo que quiera, sin miedo a que vaya a romper el pacto previo a la sesión. Sin darme cuenta, me estaba adentrando en este mundo y empecé a conocer a gente experta en el sadomaso. Cuando mencioné en un programa de televisión a la Reina Patricia, soberana del OWK, una dómina profesional llamó en directo y me propuso reunirse conmigo en privado y proporcionarme más información sobre el tema. Así conocí a Lady Monique de Nemours.

Mi primer encuentro con Lady Monique tuvo lugar durante

una fiesta fetichista en un conocido local SM de Barcelona, cuyo acceso estaba restringido a las personas del mundillo. Era viernes por la noche y no sé si fueron los nervios o un virus repentino e inoportuno, pero unas horas antes de acudir a mi cita con Monique, empecé a sentirme muy mal y a vomitar. Me arrastré del dormitorio al baño, con fiebre y unos retortijones insoportables. A pesar de mi estado, tenía muchas ganas de ir, así que vacié media caja de Buscapina, me vestí de negro para estar a juego con las circunstancias y cogí un taxi.

Ya en el local, un tipo me abrió la puerta con aire suspicaz. Monique estaba justo detrás, copa en mano, y con una mirada le hizo entender que ella me había invitado.

—Pasa, Valérie. Vamos arriba, estaremos más tranquilas —me dijo, sonriendo.

Monique llevaba una minifalda de cuadros escoceses, camisa blanca con corbata y unas botas de montar de tacón infinito. Parecía una colegiala y, aunque era dulce conmigo, el tono de su voz recordaba a todos que la que mandaba era ella. Me presentó al dueño del local, que seguía con cara de pocos amigos, y subí con ella por unas escaleras que llevaban a un pequeño salón situado en el primer piso. Confieso que en algún momento quise escaquearme; mi cara de susto no pegaba con ese mundo. También era consciente de que mi presencia despertaba recelos; por aquel entonces la gente conocía mi imagen pública. Al dueño no le hacía gracia mi visita. Pero Monique me respaldaba. Y nadie se atrevió a hacer comentarios.

En un rincón del salón apareció un hombre pequeño.

—Es Paul —me explicó Monique—. Es máster y mi mánager desde hace diez años. Es francés, así que podéis hablar en vuestro idioma.

Paul se acercó y me dio la mano. Para no hacer el ridículo, intercambié unas palabras con él en francés. A lo largo de la noche, opté por no hacer demasiadas preguntas y, cuando formulaba una, era porque la había pensado varias veces. No quería ofender. Mi

respeto rozaba lo religioso; frente a Monique estaba más cortada que con un cura en un confesionario. Lo sorprendente fue que conseguí mitigar el dolor de estómago que me había tenido en cama unas horas antes. Supongo que temía que los ruidos inoportunos de los retortijones llamaran la atención de los presentes.

A la ingenua pregunta de «¿qué es un máster?», Paul me explicó que en el fondo era el esclavo de los esclavos de Monique. Silencio. Creo que se notó que yo no había entendido muy bien su respuesta.

Con Monique hablé muy poco del OWK. Sólo le pregunté si conocía a la Reina Patricia.

—Claro que sí —dijo—. Soy Sublime Lady del Reino del Otro Mundo. Por lo tanto soy ciudadana del OWK. Y como tal, tengo que ir cada año en mayo o junio para la celebración de la creación del Reino.

Y para demostrarme su devoción a la causa, me enseñó el tatuaje de la bandera del OWK que tenía grabado en el omóplato. Era el símbolo del planeta Venus.

—Es el símbolo del Reino del Otro Mundo. Y, si te fijas bien, es también el de la mujer —me explicó, orgullosa de pertenecer al Reino—. Por eso el lema del OWK es *Women over Men*: las mujeres sobre los hombres.

Desde esa noche, seguí viendo a Monique. Me presentó a gente del mundillo e incluso me permitió asistir a alguna sesión. Reconozco que me costó un poco entablar relación con el sadomasoquismo. Al principio, sólo miraba. Monique me llamaba cuando tenía una sesión. No quería participar directamente, pero no por miedo a los esclavos. Estaban a mi disposición. Aunque ellos ponían los límites a través de un cuestionario que Monique les hacía rellenar antes de cada sesión, la que tenía el mando, si participaba, era yo. Sencillamente tenía miedo de infligir demasiado dolor. Algunas veces, Monique me entregaba su fusta y me invitaba a usarla sobre las nalgas rechonchas del sumiso. Al principio, la usaba con moderación. Pero pronto le cogí el gusto.

—Todo lo que vayas a hacer a un esclavo, pruébalo antes contigo. Así tienes una idea del dolor que le vas a producir. Y evitarás sorpresas desagradables, créeme.

Intenté seguir el sabio consejo de Monique todas las veces que pude.

Gracias a mi relación con Monique, empecé a conocer a mucha gente relacionada con el mundo del sadomasoquismo. La mayoría de ellos eran encantadores y muy respetuosos. Quizá con esa actitud pretendan mostrar que, aunque les guste el dolor y la sumisión, no dejan de ser seres humanos. Incluso esa situación les hace, a veces, mucho más tolerantes que otras personas que practican sexo «convencional». Los sumisos y esclavos, así como los masoquistas, suelen crear un clima de confianza para poder obtener lo que les apetece sin ser rechazados.

Guardo un recuerdo especial de Alex, un chico austriaco que, cuando venía a Barcelona por motivos laborales, pagaba por tener sesiones SM con Monique. Tenía una novia en Viena a la que quería muchísimo, pero que, desgraciadamente, no compartía su afición a las fustas y el cuero negro.

Tuve enseguida buen *feeling* con Alex. Era un gran aficionado a internet y siempre buscaba páginas sobre SM. Él me proporcionó gran parte del material que tengo: direcciones web donde chatear con gente seria sobre el sado.

Nunca lo toqué. Creo que fue muy a su pesar. A los sumisos y esclavos, salvo los que tienen claro que pertenecen a una sola ama, les encanta probar juegos con otras.

A diferencia de muchos sumisos que he conocido a través de Monique, Alex tenía muchos conflictos consigo mismo.

—Esto del SM es una mierda, Valérie —me dijo un día, mientras introducía en su portátil una peli porno de Amrita, una dómina japonesa muy famosa entre los entendidos.

—¿A qué te refieres? Pensaba encontrar cosas peores. La verdad es que casi todos sois buena gente y vivís el tema de manera muy sana, con mucho respeto.

—No. Eso es una mierda. Cuando empiezas, estás acabado. Porque siempre pones tus límites un poco más allá. Y volver atrás no te interesa. Al principio, me excitaba con fustazos. Después, quise probar otras cosas. Ya no sé adónde voy a parar. Me da miedo.

Aquellas palabras me atormentaron. Me dijo que el mayor riesgo del SM es que podía llegar el momento en el que todo pareciera insípido. No estoy del todo de acuerdo con él. Teniendo conciencia de la situación y siendo lo suficientemente maduro, puedes evitar los peligros. De la misma forma que ante el hambre no hay que comer compulsivamente para no acabar enfermo, en el SM ocurre lo mismo.

—¿Te gustaría no sentir ningún tipo de atracción hacia el SM?  
—le pregunté.

—Sí, y además, me gustaría tener relaciones sexuales normales.

—¿Qué son para ti las relaciones sexuales normales?

—Meterla.

Esta obsesión por «meterla» que nuestra educación se ha encargado de fomentar es el gran problema de muchos. Si pensáramos un poco menos en «meterla», y más en jugar y experimentar, seguro que habría menos problemas sexuales, tanto psicológicos como físicos (impotencia, eyaculación precoz, vaginismo, etc.). Y todo lo llamado «desviado» en el sexo dejaría de verse como tal. En nuestra sociedad, el bienestar sexual no preocupa tanto como el resto de las cosas. Creo fundamental, sin embargo, darle un poco más de importancia, ya que la mayoría de nosotros tenemos deseos ocultos con los que hemos de enfrentarnos tarde o temprano. Y esto sólo lo niegan los mentirosos reprimidos.

Un día de primavera de 2004, Monique me mencionó la posibilidad de hacer una visita al OWK. Llevaba un año sin ir y no quería perderse el octavo cumpleaños del Reino del Otro Mundo.

—¿Te vendrías conmigo? —me preguntó con naturalidad.

No me lo pude creer. Era lo que más deseaba.

—Puedes contar con ello, Monique —respondí sin vacilar.

Yo sabía que, a pesar de que todos los sadomasoquistas han oído hablar del remoto castillo checo, muy pocos tienen la posibilidad de ir, y muchos menos se atreven a hacerlo al no saber lo que van a encontrarse.

—Entonces, está decidido —dijo con una sonrisa complaciente.

Me parecía todo demasiado sencillo. ¿Cómo me iban a dejar entrar, sin ser una dómina? ¿Cómo tenía que comportarme una vez en el castillo? Eran incógnitas que me producían un poco de angustia, pero que pensé resolver improvisando sobre la marcha.

Aunque la preocupación principal era mi novio. Él ya conocía los detalles de mi próximo libro. Sabía del viaje y lo había aceptado sin problemas, pese a manifestar su preocupación por no poder acompañarme.

—Primero, tengo que ver cómo es todo aquello. Puede que no conlleve ningún riesgo. Pero, ante la duda, prefiero ir sola.

—Tú sabes lo que haces —me contestó con un Ducados en los labios—. Pero seguramente mi sufrimiento por tenerte lejos será peor que el de todos los sumisos que te encuentres allí.

## El día que compré un esclavo

En nuestra primera jornada en el Reino del Otro Mundo, la mayoría de las dóminas todavía estaba por llegar. Monique esperaba a dos amigas, con quienes había compartido momentos inolvidables dentro del castillo, que venían de Viena en coche. Me avisó de que me iba a reír mucho con ellas porque siempre solían venir bien equipadas de ropa fetichista y de esclavos. Le propuse a Monique que siguiéramos el programa que nos habían entregado a nuestra llegada. No tenía desperdicio.

Para los esclavos, la mañana empezaba a las nueve, con media hora de ejercicios físicos dirigidos por la Dómina Irene Boss, una ama americana, que parecía muy simpática.

—Lo que no quiero perderme bajo ningún concepto es el izado de la bandera a las once —me avisó Monique—. Cada año se repite el mismo ritual: ponen el himno del OWK, y los esclavos se arrodillan. Es muy emocionante.

Percibí una humedad extraña en sus ojos.

—A continuación, hacemos un brindis, los esclavos se presentan uno por uno y hacen un pequeño discurso en el cual declaran su inferioridad ante las mujeres. Castigamos simbólicamente al género masculino por todos los crímenes que han cometido y siguen cometiendo contra las mujeres. Este año se elegirá a nueve criaturas masculinas para el castigo. Recibirán nueve fustazos por nueve ladies voluntarias. Esta vez se cumplen nueve años de la creación del OWK.

—¿Cómo se elige a los nueve esclavos que van a ser castigados?  
—pregunté.

—Las amas ponen sus esclavos a disposición de otras. Las criaturas castigadas deben luego agradecer a sus respectivas amas el haberlas entregado al castigo. Lo hacen besando sus botas.

—Interesante —dije. No sabía qué más decir.

Me invadió una sensación onírica. El ambiente estaba caldeado y era fácil dejarse llevar, lo que suponía repartir fustazos a quien quiera que se cruzara en el camino. Si veía a un esclavo andar sobre las baldosas, algo totalmente prohibido, tenía ganas de castigarle. Monique no se cortó ni un pelo en varias ocasiones, a pesar de ser una ama comprensiva. Pero había autoridad en su voz, estaba segura de sí misma. Yo todavía tenía mucho que aprender.

A la una y media nos reunimos todos, amas y esclavos, en el vestíbulo de entrada de la Casa Principal para visitar las dependencias del Reino. Allí, Monique saludó efusivamente a sus amigas, Alice y Sandra, que iban acompañadas de sus cinco esclavos, y a Amrita, la ama japonesa con fama de dura, a pesar de su cara angelical.

—Es encantadora, pero los esclavos la temen. Es capaz de hacer un *bondage* (el arte de atar al sumiso) en cinco minutos y de levantar a un hombre en el aire sin que se dé cuenta —me explicó Monique.

Aquella ama japonesa me resultó fascinante. Además de llevar una llamativa ropa de látex, incomodísima, iba flanqueada por dos chicos muy atractivos a cada lado. Uno de ellos, el más jovencito, la protegía con un paraguas de los rayos de sol y no se apartaba ni un momento de ella. El otro, igual de atractivo, parecía más maduro, tenía toda la cabellera salpicada de canas, lo que le hacía más interesante. Estaba ayudando a Amrita a subir las escaleras ante la imposibilidad de que ella lo hiciera sola, debido a las botas de altísimos tacones que le estaban destrozando los pies. No supe quién sufría más, si los esclavos en calzoncillos y camiseta, con sus collares de perro atados al cuello, o la dómina con esa ropa y esos

zapatos que le imposibilitaban el movimiento. La nota erótica la puso cuando se giró y dejó al descubierto su culito redondo, apenas tapado por un plástico transparente que formaba parte del vestido.

Las dos amigas de Monique, Alice y Sandra, de una simpatía sin igual, habían vestido a dos de sus esclavos como si fueran bebés, con dodotis, un chupete en la boca, y a los otros dos de «pom-pomboys», que no paraban de saltar y cantar, como si estuvieran animando un partido de fútbol americano. Quise sacar una foto de aquella escena. Empezaba a disfrutar de mi presencia en el OWK; me sentía menos desplazada. Sandra tenía un esclavo que también la protegía del sol con un paraguas. Llevaba un cinturón de castidad y, a cada despiste suyo, Sandra no tardaba en recordarle quién era la dueña apretando un botoncito de un control remoto.

—¿Para qué sirve ese control remoto? —le pregunté.

Sonriendo, me contestó apretándolo. Paolo, el esclavo del cinturón, nos asustó a todos cuando pegó un grito de dolor y dio un bote. Casi se le escapó el paraguas de las manos. Había sufrido una descarga eléctrica. Todas las dóminas se echaron a reír.

—Pobre Paolo —dijo Sandra, acariciando el pelo de su esclavo como una madre que consuela a su hijo pequeño—. Nunca aprende. Y mira que se lo tengo dicho. Pero no hay manera. Empiezo a creer que le gustan las descargas.

Y se echó a reír. Bart, esclavo personal de la Reina Patricia y encargado de enseñarnos la propiedad, hizo caso omiso de nuestras risitas y nos anunció las zonas que íbamos a visitar, incluyendo el Palacio de la Reina y sus catacumbas, cuya temperatura constante ronda los doce grados. La visita duró unas dos horas.

Pero lo más interesante estaba a punto de llegar: la subasta de esclavos. Consistía en vender a un esclavo propio a otras dóminas por un mínimo de tres horas y un máximo de tres días.

—Qué pena que no tengamos ningún esclavo para vender. Me habría gustado exponerlo como si fuera mercancía —rió Monique.

—Pero podemos comprar uno, ¿no? —añadí.

—¡Ajá! Le estás cogiendo el gustillo, ¿verdad?

Y Monique me guiñó un ojo con complicidad. Aunque no quisiera admitirlo, tenía razón. Era cierto que le estaba cogiendo el gusto y también lo era que todos aquellos hombres que se estaban alzando desnudos a la vista de nosotras estaban encantados de exhibirse, y el no saber en qué manos iban a caer debía de aumentar aún más su excitación.

El grupo de la subasta lo formaban una veintena de esclavos que estaban de pie, delante de nosotras, con la cabeza baja, un número colgado del cuello, y una ficha que indicaba su edad y las actividades en las que solían destacar: masajista, limpiador de botas, sirviente, etc. Pero lo más importante era su pequeña reseña con el historial médico y los posibles problemas que podían sufrir, como de corazón, de espalda... en definitiva, lo que podían y no podían hacer. Eso me devolvió a la realidad. Nada se iba a hacer sin tomar en cuenta el historial del esclavo. Yo había visto a uno que me interesaba particularmente. Era el hombre del pelo canoso que acompañaba a la dómina japonesa Amrita. Además de su físico espectacular, del que no dudaba en alardear, tenía una mirada pícara muy atractiva. Su ficha indicaba que hablaba varios idiomas, entre ellos el mío. Y lo más sorprendente: tenía cincuenta años. Quise hacerle unas preguntas pero tenía prohibido hablarnos, así que me limité a anotar su número.

Empezó la subasta con una presentación a cargo de Dómina Irene Boss. El precio de salida se marcaba en cinco doms por cada esclavo y las pujas tenían que tener un importe mínimo de un dom, sin límite hasta la adjudicación. Irene Boss nos presentó al primer candidato, llamándole por su número. Hizo una pequeña reseña del esclavo y después le permitió hablar. Éste reafirmó la fe en su ama, su inferioridad frente a las mujeres, y acabó gritando «*Women over Men*», el lema del OWK.

Los esclavos mostraban sus habilidades como bailarines, para hacerse lo más atractivos posible. Tenían que contonearse al ritmo de la música. Las mujeres gritaban como niñas, silbando en caso

de encontrar el espectáculo ridículo u ovacionando cuando el «producto» valía la pena. Me sorprendí a mí misma gritando con ellas. Con los doms en la mano, Monique y yo habíamos acordado un importe límite que no podíamos sobrepasar, en caso de pujar por un esclavo.

Los esclavos se turnaban, se humillaban, y nosotras disfrutábamos del espectáculo con un vaso de vino blanco con el que brindábamos por nosotras y nuestra condición. Cuando llegó el turno de subastar al esclavo que me gustaba, pujé todo lo que pude. Pero estaba bastante solicitado. Así que abandoné la puja, decepcionada por haberlo perdido.

Al final, compramos a un chico israelí, especialista en masajes, y a un señor mayor que sólo hablaba alemán para que hiciera de caballo en el Grand Prix del día siguiente.

—¿Te ha gustado la subasta? —me preguntó Monique después de beber el vino blanco que le quedaba.

—Sí. Nunca habría pensado que podía resultar tan divertida —dije con sinceridad—. Ha sido muy entretenida. ¿Te has fijado en que algunos tenían erecciones cada vez que pujaban por ellos?

—¡Mujer! Ellos son los primeros encantados —me contestó—. Tienes que cambiar el chip y pensar que todo lo que se les hace les gusta. Si no, no estarían aquí.

Y era cierto.

## Las maravillas sadomasoquistas del Reino del Otro Mundo

Al caer la noche fuimos a tomar algo al bar acompañadas por el esclavo israelí. Era un chico jovencito —no más de veinticinco años— risueño, que hacía todo lo posible para ser agradable. Supongo que no le gustaban los castigos y que por eso se esforzaba por obedecernos al pie de la letra. Nos masajeó los pies y nos limpió las botas. Al esclavo alemán nos lo entregarían al día siguiente para el Grand Prix. Mientras cruzábamos el césped para llegar a la terraza del bar, vimos a lo lejos a uno con un minivestido de sirvienta, que dejaba entrever sus genitales. Una máscara blanca le cubría la cara.

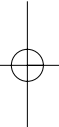
—Mira éste, ¡qué pinta tiene! —exclamó Monique, riéndose a carcajadas—. Seguro que ha venido solo. ¡Pues no sabe lo que le espera!

Al pasar por su lado, nos preguntó en un inglés muy británico y servil si deseábamos que nos limpiara las botas. Rechazamos su servicio.

En el Palacio de la Reina, iba a tener lugar a las ocho un nuevo evento: el culo masculino mejor azotado. Era voluntario y consistía en lo siguiente: las mujeres participantes debían hacer durante dos minutos una «obra de arte» en el culo desnudo de su esclavo, utilizando un instrumento de tortura opcional. Para ello, el esclavo debía yacer encima de un potro de castigo. Si gritaba «*stop*» o si su cuerpo se deslizaba del potro, la dómina era descalificada. Un


jurado, compuesto por tres amas, determinaba el ganador puntuando del uno al diez atendiendo al valor artístico, los colores (moratones) y el nivel de crueldad de la señora. La ganadora obtenía un diploma, una botella de champán y otros premios de valor. El esclavo de la ganadora se exponía durante veinte minutos en el vestíbulo para que todas las señoras pudieran ver con detalle la «obra maestra».

El acto me chocó bastante; era la primera vez que veía castigar de esa manera. Para aguantar el tirón, me repetí lo que me había aconsejado Monique: debía cambiar el chip. Si no decían «stop», era porque no querían. Yo no podía juzgar si eso era un acto de violencia o no y no tenía derecho a intervenir en algo que practicaban adultos con consentimiento. Si no me gustaba, sólo tenía que levantarme e irme.



El siguiente acto al que acudimos fue el juicio de esclavos. Su Excellencia la jueza Lady Mona de Suecia iba a dictar sentencia sobre unos esclavos que habían cometido faltas o habían desobedecido de manera descarada a su ama. Aparecieron tres esclavos; dos eran de Dómina Irene Boss y un tercero era de otra dómina, cuyo nombre no recuerdo. El primer esclavo, Joseph, un hombre que se había operado del pecho para parecer más femenino, era juzgado por haberse puesto demasiada silicona sin el consentimiento de su ama. Se le dio la palabra para que se explicase, pero no fue nada convincente. Así que se le castigó a varios azotes y a dormir en las catumbas del palacio.

El segundo, con una larga melena atada con una goma elástica, estaba acusado de ser un «drogadicto» ya que fumaba demasiado. Su ama le había suprimido los cigarros, pero aun así, se hacía con algunos que escondía, faltando a la autoridad de la dómina. Incluso se le había sorprendido fumando de noche, con el riesgo añadido de poder provocar un incendio. Su caso era grave. La jueza se lo hizo saber y lo condenó a seguir un tratamiento con par-



ches para eliminar su adicción, a castigos físicos por su desobediencia y a raparle la cabeza. Todas las señoras aprobaron con satisfacción el veredicto. Acto seguido, el prisionero desapareció entre dos guardias.

La noche en el Reino del Otro Mundo siempre acababa en la discoteca Wanda, donde todas las señoras se ponían a jugar con sus esclavos. Aquella noche, yo, sin esclavo ni ganas de jugar, echaba de menos a mi novio.

Estaba programada una *performance* muy especial a las once de la noche en la discoteca: el espectáculo *medical* de Madame Helen, la dómina danesa. Cuando apareció en el escenario vestía un uniforme de enfermera de látex blanco. Las sesiones de *medical* no son aptas para almas sensibles. En general, se trata de juegos con agujas, escarificación (infligir llagas y quemaduras con objetos candentes) y todo lo que incluya la sangre como arte. Pensé que poca gente iba a acudir aquella noche al espectáculo de Madame Helen, pero cuando Monique y yo entramos en la discoteca, estaba llena. Las dómicas llevaban a sus esclavos, nerviosos y pálidos por lo que podía pasarles en caso de no comportarse debidamente. Nos instalamos en la barra del bar, un poco apartadas de la escena, a petición mía.

Madame Helen empezó a hacer pequeños cortes horizontales con un cúter en la espalda de su esclavo; hilillos de sangre brotaron, espesos, de las heridas. Helen iba explicando en cada momento lo que estaba haciendo, mientras Bootdog, el esclavo de la dómina, con las manos atadas a unas cuerdas que colgaban del techo, gemía indefenso. El silencio de la discoteca era agobiante. Nadie se atrevía ni a toser. Yo, para distraerme de aquella visión sangrienta, observaba la cara de los esclavos, la mayoría de ellos testigos involuntarios de aquel espectáculo. Algunos estaban sentados sin decir nada, otros no se atrevían a mirar. Cuando Helen hubo repasado toda la espalda, anunció con la solemnidad y la cre-

dibilidad que le daba su papel de «enfermera» la sesión con jeringuillas. Pero primero pasó un ramo de ortigas frescas por todo el cuerpo de su pareja. Se la veía tranquila, segura de sí, mientras preparaba la jeringuilla que le iba a inyectar a Bootdog.

—Qué fuerte, ¿no te parece? —le pregunté a Monique.

Quería la confirmación de que eso no era muy habitual.

—Sí, un poco. Pero sabe lo que hace. No hay riesgo. Está jugando más con el miedo que tienen los hombres a la sangre y a las agujas que con el dolor, que es prácticamente imperceptible. Los cortes con cúter son superficiales y la jeringuilla es muy fina.

—Qué bien —dije sin estar convencida—. ¿Quieres decir que Bootdog no siente apenas nada?

—Eso es. Pero la escena es muy espectacular.

—Así es —dijo una voz masculina a nuestras espaldas.

Quando nos giramos, comprobé que el esclavo canoso de Amrita estaba a nuestro lado. Bebía una cerveza y no parecía impresionado por lo que estaba viendo.

—¿Te gusta el *medical*? —le pregunté, un poco altiva.

—Bueno, digamos que es algo que suelo practicar. Pero con más sangre aún —respondió con una sonrisa.

Me pareció que nos estaba provocando. Pero Monique sabía a qué se refería aquel esclavo poco convencional, que se atrevía a dirigirnos la palabra y a tomarse una copa sin su ama.

—¿Qué pasa? ¿Eres médico o qué? —le preguntó.

Tenía aires de playboy cincuentón y exhibía demasiada seguridad en sí mismo en comparación con el resto de los sumisos.

—Digamos que sí.

—¿Tu especialidad?

Bebió un sorbo, se quitó con la mano la espuma de los labios y soltó:

—Reparo corazones rotos.

—¡Qué romántico! ¿Eres cardiólogo?

—Efectivamente. —Y a continuación se presentó haciéndonos un besamanos.

Se llamaba Christophe, era uno de los cardiólogos más prestigiosos de Suiza, su país natal. Hizo alguna broma sobre Madame Helen, proponiendo contratarla como enfermera en la clínica que poseía en Zurich. Mientras, Helen seguía con sus juegos e inyectaba en los testículos de Bootdog una sustancia que no parecía de su agrado.

—Es agua con sal —me explicó Christophe—. Así, el cuerpo lo reabsorbe. No es nada peligroso. No te preocupes.

Me estaba hablando a mí. Seguramente había notado el horror en mi rostro. Con su explicación me quedé un poco más tranquila, a pesar de las muecas de dolor de Bootdog cada vez que la jeringuilla pinchaba su piel.

—¿Por qué no me has comprado en la subasta? —me preguntó Christophe sin venir a cuento. Se estaba tomando demasiadas confianzas con nosotras.

—Porque la puja se estaba disparando. Y consideré que no valías tanto. Eso es todo.

Vi una sonrisa maliciosa dibujarse en sus labios. Tenía ganas de replicarme, pero no lo hizo. Con una señal le di a entender a Monique que me iba a dormir. Ya había tenido suficiente por hoy. Ella me siguió y entre los aplausos de la gente, muy contenta por el espectáculo de Helen, salimos de la discoteca. Yo estaba satisfecha: al hablar con Christophe y dejarle ahí tirado, había actuado como una verdadera dómina. Había obtenido mi revancha.

Nos fuimos a mi habitación, cansadas, pero ansiosas por conocer lo que el Reino del Otro Mundo nos ofrecería al día siguiente.

## Mis relaciones con el sadomasoquismo

A pesar de que me estaba impresionando mucho el Reino del Otro Mundo, el sadomasoquismo no era algo totalmente extraño para mí. A raíz de conocer a Monique, y conforme nos fuimos haciendo amigas, empecé a familiarizarme con las prácticas del SM. Reconozco, no obstante, que la primera vez que me encontré cara a cara con un sumiso, me sentí turbada.

Monique me había llamado para presentarme a una amiga. Cuando llegué a su estudio, me encontré con que habían colgado de una viga a un sumiso completamente desnudo. Tenía los testículos estrangulados por una cuerda y los genitales de un azul violáceo. Una máscara de cuero negro le tapaba los ojos y la boca, y sólo dos agujeritos a la altura de la nariz le permitían respirar. No podía verme, sólo sentir mi presencia. Al entrar, mis tacones resonaron contra la madera blanda del parqué y recuerdo que el sumiso, como los ciegos, movió la cabeza, asustado, hacia el ruido de mis pasos.

No quise prestarle demasiada atención y me senté en el sofá con ademanes de estar de vuelta de todo. Monique cogía la fusta de vez en cuando y apretaba el cuero, ablandado por el uso, contra los testículos del desconocido. Empecé a excitarme. Se lo dije a Monique.

—¿Quieres participar? —me preguntó ella. Quería mostrarse agradable y complacerme—. Es un sumiso principiante, así que no requiere muchos esfuerzos.

Dije que no con la cabeza. Dominar también requiere un aprendizaje y el seguimiento de un protocolo. Todavía me sentía muy verde para dar clases a un sumiso, aunque fuera novato. Me quedé mirando cómo Monique pasaba de un instrumento de castigo a otro, con qué naturalidad modulaba la voz según su estado de ánimo y las respuestas físicas del sumiso a los actos de la dómina. Yo contemplaba desde el sofá la voluptuosidad que se desprendía de ese cuerpo indefenso, entregado totalmente a la curva de un látigo, que chasqueaba sobre la grupa enrojecida. Sí, he dicho voluptuosidad. Jamás habría pensado que podía encontrarla en una escena así, en un cuerpo lleno de heridas. No entendía los motivos que empujaban a aquel hombre. Pero sí entendía mis sentimientos. Eran una mezcla de solemnidad y excitación.

La amiga de Monique quiso participar. Desató al sumiso para ponerlo en un potro que exponía aún más su culo generoso. A cada golpe que le suministraba, yo bebía agua. Nunca había pensado que pudiera resultar tan excitante ver a dos mujeres castigar a un hombre. También me ponía en la piel del sumiso. Atado, con esa máscara asfixiante, atento a los latidos de su corazón y al chasquido del látigo. Su nivel de adrenalina debía de estar altísimo. De vez en cuando me levantaba y me acercaba a él. El mero hecho de sentir que una tercera persona estaba presente le hacía tener una erección. Y yo, más húmeda que nunca, tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para no desfallecer ante el erotismo que invadía toda la estancia.

A partir de este episodio, quise probar por mi cuenta. Cuando trabajé de prostituta, tuve un cliente, un juez, que se presentaba por la mañana temprano y pagaba para sentirse humillado. Llevaba siempre un tanga de colores y me pedía que le improvisara un guiñón durante dos horas, mientras él exhibía sus nalgas depiladas. Casi siempre acababa la sesión con el culo rojo como un tomate, porque le pegaba con una mano. Nunca profundicé en su psicoló-

gía. Pensaba que era un modo peculiar de vivir la sexualidad, y nada más. A veces le castigaba con la mano desnuda. Otras me ponía un guante de terciopelo para amortiguar el ruido del azote. Él siempre eyaculaba en esa situación. Luego se quitaba el tanga y lo tiraba a la basura, se vestía, me daba una buena propina y se iba. Curiosamente, me pedía al principio de cada encuentro que me quitara los anillos para que no le dejara marcas. Sin embargo, me ordenaba pegarle lo más fuerte que pudiera.

El psicosoado (o sadismo psicológico) también ocupó un lugar privilegiado en mis relaciones con los hombres. Era algo consentido por los dos, pero que surgía espontáneamente. Un juego al que nos entregábamos sin miedo, pero en el que no siempre tenía yo el mando. Alguna vez hacía de dominante, otras veces me dominaban. Me gustaba cambiar de papeles. En el mundo del sadomasoquismo, a la gente que intercambia los papeles se la conoce como *switch*. Son los que más entienden de sado, porque han interpretado ambos roles.

La relación sadomasoquista más significativa que tuve fue con Michael, un americano de Nueva York. Lo conocí en el burdel y, a pesar de que sigo en contacto con él, ya no hay intercambio económico. Ni la distancia ni el hecho de que sea famosa impide que de vez en cuando manifieste su servilismo a través del teléfono. Cuando lo conocí, me advirtió que sus gustos eran un tanto peculiares. A mí me parecía muy bien. Las relaciones convencionales me habían quemado y buscaba otras experiencias con el fin de enriquecerme como persona. Creo que mucha gente en mi lugar se habría asustado frente a las peticiones de Michael, pero en mi caso vi la oportunidad de aprender y de crecer. Así que recibí sus gustos de manera muy positiva. Se autodefinía como mi perro. Las conversaciones siempre empezaban de la misma forma:

—Sabe lo que soy para Usted, Señora, ¿verdad? —Y agachaba la cabeza.

—Sí, Michael.

—¿Qué soy para Usted, Señora?

—Eres mi perro.

—Y duermo a sus pies, en el suelo.

—Sí, y no te autorizo a que te subas encima de la cama, perro asqueroso.

—¿Y sabe, Señora, por qué soy su perro?

—Dímelo tú, Michael.

—Soy su perro porque la quiero.

Se ponía a ladrar y yo acallaba tanta manifestación de cariño. Era mi perro, mi sirviente, mi esclavo, cualquier cosa con tal de satisfacer sus ansias de ser dominado por una mujer. Muchas veces, le obligaba a salir con mi ropa interior puesta para que sintiera que me pertenecía, y no acepté ser su ama hasta que no leyó los clásicos de la literatura SM, empezando por Leopold von Sacher Masoch y su obra *La Venus de las pieles*.

Una tarde, tuvimos una sesión de psicoado que resultó muy dramática para él. Le castigué duramente con mis palabras de rechazo e indiferencia. Acabó llorando lágrimas como puños porque no sabía si yo estaba exagerando o si lo que decía era cierto. Tuve que poner las cosas en su sitio:

—Michael, si lo que te gusta es sufrir y ser esclavo mío, el peor sufrimiento que podrías experimentar sería el hecho de que yo te abandonara, ¿no te parece? O que yo te tratase muy bien.

—No la entiendo, Señora.

—El peor castigo que puedes sufrir es ser rechazado por tu ama. O que ésta te dé mucho cariño, ¿no te parece?

Vi el pánico en su rostro.

—Si te trato bien, te va a sentar muy mal. Lo que a ti te gusta es que yo te trate mal. Si quiero que te sientas muy mal, voy a rechazar tratarte mal. A partir de ahora, seré la mujer más encantadora que has conocido jamás. Ése será tu verdadero sufrimiento.

—Por favor, Señora, no lo haga. Se lo suplico. Por favor...

La verdad es que no se me ocurría peor castigo: abandonarle y

no hacer caso de sus preferencias. Pero al final, opté por obedecer a mi esclavo. Michael volvió a su rutina de alto ejecutivo y, al final, nuestra relación se limitó al teléfono. Al principio, y con la diferencia horaria, llamaba a horas indecentes para mí. Pero nunca le cogía el teléfono. Era su castigo. Él lo sabía y por eso siempre llamaba a la misma hora. Cuando decidió que ya tenía bastante, me empezó a llamar durante el día, y yo siempre acortaba la conversación porque estaba trabajando. Y, aun así, siempre le dejaba con la miel en los labios para que volviera a llamar. Me sentía poderosa por tener a un hombre a mis pies, incondicional en su servilismo y dispuesto a cualquier cosa, aunque fuera todo teatro. La última vez que hablé con él, no hace mucho, estaba en Londres y me llamó para conocer mis medidas. Unos días más tarde, recibí por correo un conjunto de lencería de seda. Me llamó para saber qué me había parecido.

—La próxima vez, pídemme mi opinión sobre el color. Si no, te arriesgas a que te mande el paquete de vuelta.

—¿No le ha gustado el regalito, Señora?

Claro que me había gustado. Pero no tenía intención de hacérselo saber.

—Por esta vez, no está mal. Pero la próxima, pregúntame cuál es el color que más me gusta.

En el fondo, no dejaban de ser juegos inocentes, de tira y afloja, que no iban más allá. Muchas parejas juegan a cosas parecidas, a veces sin darse cuenta. En cuanto a mí, estaba preparada para dar el paso del psicosoado al sadomasoquismo.

Recuerdo el día en que Monique me presentó a un verdadero masoquista. Thomas tenía unos cincuenta años, era alemán y ayudaba de vez en cuando a servir copas en el local SM donde había visto por primera vez a Monique. Le conocí en la presentación de un diccionario sobre BDSM (acrónimo de Bondage-Disciplina-Dominación-Sumisión-SadoMasoquismo). Al finalizar el acto, Monique,

que es una gran anfitriona, me presentó a Thomas. La primera impresión que tuve de él fue que era encantador. Sonreía de manera sana y sincera. Ya me conocía de la televisión, y no le sorprendió demasiado saber que estaba interesada en el SM. Quedamos al día siguiente para tomar una copa en un local fetichista.

Mi relación con Thomas fue estrechándose y, desde un principio, noté que yo le gustaba. Una noche me invitó a cenar y acepté encantada. Quería pasar unas horas con aquel hombre que me resultaba tan complejo. Durante la cita, me explicó lo que le gustaba:

—Yo no soy un sumiso ni un esclavo. Soy masoquista, que no es lo mismo. Un masoquista de verdad. Me gusta sentir dolor y tengo mucho aguante.

Una presentación en toda regla. Estaba claro que no le iban unos azotitos en el culo como a la mayoría, sino algo más fuerte.

—El problema es que es muy difícil encontrar a una buena ama que además te guste. He tenido unas cuantas relaciones en mi vida. Pero la mayoría de ellas eran novias «vainilla» —dijo, empleando el término que se utiliza para designar a la gente que no forma parte de la comunidad SM—. Tenía que mentir permanentemente sobre mis gustos. Y me cansé. Ahora estoy solo, sin novia, pero me da igual. Me lo he prometido a mí mismo: la próxima vez que salga con una mujer, tiene que ser una persona a quien le guste este tipo de juegos. Lo tengo claro.

—¿Y qué tipo de juegos te gustan? —pregunté, movida por la curiosidad.

—Pues todos aquellos que produzcan dolor. Ya sea a través de la fusta, el látigo, las agujas, los clavos...

Creo que mi cara reflejó que el tema no me hacía mucha gracia.

—¿Agujas y clavos? —pregunté.

—Sí. La psicología es muy importante en esas relaciones. Tienes que estar muy en caliente para que te claven agujas. No se puede hacer así como sí. La visión de unas agujas te sube la adrenalina, incluso más que el dolor que te provocan cuando traspasan tu piel.

Una vez me clavaron agujas en el escroto. Ya te mandaré fotos si quieres. Fue una sesión inolvidable.

Asentí con la cabeza. Tenía un montón de preguntas que hacerle pero no me atrevía a someterle a un bombardeo.

—Bueno, pero hay que tener algo de conocimiento de anatomía y medicina para clavar agujas, ¿no crees?

—¡Claro que sí! No me dejaría clavar nada por la primera ama que se me cruzara en el camino. Pero tampoco te creas que es tan complicado. Impresiona mucho, sí, pero a mí lo que de verdad me pone es el momento previo.

Conocer tan de cerca a masoquistas como Thomas me proporcionó una nueva perspectiva desde la que acercarme al SM. Nunca he entendido por qué los sadomasoquistas están tan mal vistos. Nuestra cultura es masoquista por definición y, muchas veces, lo único que esperamos de la vida son palos y fracasos. Es más, toda nuestra educación gira en torno a ello. ¿Con qué derecho podemos condenar los gustos alternativos de la gente del SM, cuando son gustos pactados, que no afectan a la libertad del otro? La clave del rechazo está en el hecho de que esas personas usan la humillación y el dolor para buscar el placer, y eso es algo que siempre ha sido condenado. Si sus fines no fueran sexuales, es fácil que se aceptasen sin problemas, y hasta me atrevería a decir que se les alentaría a actuar así. Si te flagelas o te mortificas por Dios, si te sacrificas por resignación cristiana, entonces no hay reproche alguno. Pero si lo haces a los pies de una dómina, vestido con ropa fetichista, entonces estás cometiendo un grave pecado.

A Thomas le veía una vez a la semana, siempre acompañada de gente. Pero no dejaba pasar ni un solo día sin llamarme por teléfono. Me convertí en su confidente. Y, aunque no me lo había dicho claramente, presentía que quería algo más de mí. Sin embargo, yo no estaba dispuesta a compartir sus gustos. Quería entender y aprender, pero también sabía que lo de sentir dolor con agujas

o clavos no me atraía nada. Además, si vivía el SM tenía que ser como algo complementario a mis relaciones, no como un fin en sí.

Thomas me había comentado que también le gustaba el sexo convencional. Pero yo lo dudaba. Sus únicas salidas eran con gente del mundillo, a locales SM. Simplemente, creo que quería presentarme una imagen más convencional.

—Descubriste tu gusto por el masoquismo muy tarde, ¿no? —le pregunté un día, para hacerme una idea sobre su psicología.

—¡Qué va! —contestó con toda naturalidad—. Hace mucho tiempo que soy masoca. Pero no lo acepté hasta hace poco. Antes, negaba esta faceta mía. Es más, me hacía sufrir muchísimo. Me sentía anormal en comparación con los demás. Ninguno de mis amigos conocía mis preferencias. Ni mis novias. Una vez al mes, cuando ya no podía resistir más, pagaba a una dómina profesional, en secreto, para que me hiciera una sesión. Pero luego era peor. Me sentía culpable. Además, vivía permanentemente en la mentira.

Su relato me conmocionó. Este hombre había sufrido muchísimo. Y, lo peor de todo, se había tenido que esconder de sí mismo.

—Descubrí que era masoquista a los siete años. Estaba en la escuela y era un pésimo alumno. No me gustaba estudiar. Recuerdo que me sentía muy atraído por la maestra. Ella llevaba gafas, el pelo perfectamente recogido e iba enfundada en un traje con falda ceñida, que le caía más abajo de la rodilla. Siempre llevaba medias de nailon de color carne y tacones altísimos. Un día me castigó muy duramente, ya sabes, golpeándome los nudillos con una regla, como se hacía antiguamente. Tuve una sensación muy placentera durante el castigo y, años más tarde, me masturbaba pensando en aquella maestra y sus aires autoritarios. Ya de adolescente, seguía todo un ritual para masturbarme. Me ponía un trozo de látex encima de una silla, a modo de cojín y me la pelaba, con el culo desnudo rozando el látex, mientras fantaseaba con aquel episodio de mi infancia.

Los recuerdos de Thomas eran extraordinariamente nítidos. Tenía claro que su faceta masoca se la había despertado aquella

maestra estilo señorita Rottenmeier, pero en versión sexy. No me extrañaba que la mayoría de los fetichistas suspiraran por ese tipo de mujer. Creo que muchos han vivido lo que Thomas me relató sobre su pasado.

El día del cumpleaños de Monique, se celebró una gran fiesta en una céntrica discoteca de Barcelona. Thomas aprovechó la ocasión para hacer explícitas sus intenciones hacia mí. Quería que fuera su novia. Fue halagador, pero mis sentimientos hacia él no eran recíprocos. Intenté hacerle entender que no era buena idea sin hacerle daño, pero volvió a su casa decepcionado. Aun así intercambiamos e-mails, y él cumplió con su promesa de enviarme unas fotografías de sus sesiones con dómicas profesionales. Fotos muy fuertes que sería imposible enseñar a los no iniciados (en una de ellas aparecía sujeto a una plancha de madera y con el escroto atravesado por clavos del catorce).

Después me distancié un poco de Thomas, porque llegó un momento en el que no nos aportábamos nada el uno al otro. Lo único que yo conseguía estando con él era alimentar sus esperanzas. Llegó a pensar incluso que si yo me ponía dura o si me negaba a veces a hablar por teléfono era sólo para hacerle sufrir, es decir, para complacerle. Maquinaciones de dómina. Desde luego, no era ésa mi intención. Cuando corté definitivamente la relación con él, estuvo muy frío conmigo y hasta se mostró desagradable. Supongo que así se manifiesta el despecho a veces. Lo siento sinceramente por él. Pero en ningún momento le hice creer que podía haber algo entre los dos.

## El esclavo del año

La mañana del segundo día en el Reino del Otro Mundo me desperté bastante antes que Monique. Los rayos de sol atravesaban las cortinas de hilo marrón e iluminaban la mesita donde habíamos dejado nuestras fustas. Era muy pronto todavía y Monique tenía el sueño ligero: cambiaba de lado sin descanso y parecía tener alguna pesadilla. De vez en cuando, abría los ojos y se encontraba con mi mirada. Pero enseguida volvía a dormirse.

Presté atención a los ruidos de fuera de nuestra habitación: oía las cadenas de algún esclavo que arrastraba por el suelo, el restallido de los látigos que cortaban el aire, escuchaba los susurros de las órdenes de las amas a sus esclavos. Al lado de nuestra habitación, un sumiso había dormido en el pasillo, atado a la puerta de su ama. Escuchaba con claridad sus gemidos. Era real, no estaba soñando.

El día iba a estar marcado por la ceremonia de entrega de ciudadanía de algunas dóminas, que pasarían a ser «Sublime Ladies» del OWK. Este título otorgaba descuentos para entrar en el castillo, pero sobre todo las reconocía como verdaderas amas. Habría un banquete, por la noche, en el que esperaba conocer a la Reina Patricia, que, hasta entonces, no se había dejado ver por ninguna parte. Se rumoreaba que estaba enferma. Nadie supo nunca contarme su historia ni cómo ni por qué había construido este Reino. O quizá nadie quiso contármelo. Pero circulaban dos versiones

oficiosas que llegaron hasta mis oídos. Una, la más plausible de todas, era que un lord inglés, aficionado al SM, se había enamorado perdidamente de la Reina Patricia y le había comprado el castillo para agradarla. Aquel lord aparecía de vez en cuando, pero jamás se mezclaba con la gente. Y nadie parecía conocerle en persona (no puedo explicar la segunda versión al no tener ninguna prueba. Sólo son rumores. La primera versión es la más creíble y la más romántica).

Me levanté sobre las once de la mañana, Monique seguía durmiendo y aproveché ese momento de tranquilidad para ducharme. Ya nos habíamos perdido el acontecimiento de la mañana: la caza del esclavo. Me odié por ello. Según el programa, consistía en soltar en el parque a los esclavos participantes, completamente desnudos. Las señoras tenían que cazarlos arrojándoles huevos. El que más huevos recibía debía llevar una máscara de cerdo hasta las seis de la tarde, sin posibilidad de poder hablar, sólo emitir gruñidos, como los cerdos. También tendría que limpiar el parque de todas las cáscaras de huevos. La señora con más esclavos cazados recibía un diploma, una botella de vino y otros premios.

A las dos y media de la tarde, asistimos al Grand Prix del OWK, es decir, la carrera de ponis humanos. Pero no participamos. El tiempo empeoró, empezó a llover y el acontecimiento se tuvo que organizar en el establo en lugar de en el parque acondicionado para la carrera. Todas las ladies llevaban impresionantes trajes de equitación. Los esclavos que participaban iban desnudos, con plumas en la cabeza; algunos llevaban orejeras, como los caballos antiguos. Cada uno tenía que tirar del carrito en el que iba su ama. Ganaba la dómina que menos tiempo tardaba en realizar el recorrido. Christophe, el esclavo suizo, tomaba parte en la carrera y, al vernos, nos saludó desde la distancia con una amplia sonrisa.

De repente, una dómina afroamericana, Mistress Denetra, de aspecto temible, llamó la atención de todas cuando se puso a sermonear a su esclavo. Reconocí en él al inglés que nos había propuesto limpiarnos las botas el día anterior.

—¡Tú! —gritó Mistress Denetra.

El inglés se puso a temblar.

—¡Sí! ¡Ya sabes que me estoy dirigiendo a ti! Te estabas tocando. Y no lo niegues. Te he visto. ¿Sabes que está formalmente prohibido tocarse delante de las señoras? —gritó, mientras se acercaba al esclavo, con la fusta en la mano.

—No, Señora. Es un error, Señora, se lo aseguro —balbuceó el esclavo.

Todas las miradas se enfocaron en el inglés, que estaba tumbado en el suelo, con el culo desnudo arañado por la paja del establo. Llevaba los genitales atados con un esparadrapo. Mistress Denetra parecía inmensa a su lado.

—¡Pedazo de mierda! También está prohibido mentir a una mistress o poner en duda su palabra. ¡Ven aquí, que te voy a enseñar las buenas maneras!

Y le cogió del brazo. El inglés se resistía, por miedo a lo que le pudiera pasar. En ese momento intervino la primera *hoffmistress* del Reino, Madame Gabrielle, para pedir explicaciones al sumiso. Éste seguía negando que se hubiera masturbado en público. Pero como en el OWK las mujeres mandan, si Mistress Denetra afirmaba haberle visto masturbándose, entonces es que era cierto. Finalmente, se lo llevó hasta el Palacio de la Reina para castigarle como se merecía.

Durante el desarrollo de la carrera, presté poca atención a lo que estaba sucediendo. Pensaba en el inglés, cogido *in fraganti* con la mano en sus genitales. Monique participó en el Grand Prix, pero otra dómina se llevó el premio. Cuando terminó el evento, Madame Gabrielle reapareció con el inglés cogido por la oreja y se me acercó.

—¿Le molesta, Señora, hacerse cargo de este imbécil? —me preguntó en inglés—. No puedo con él. Está acabando con mi paciencia y tengo que atender a las actividades.

Vacilé un poco antes de responder. Tener a mi cargo a un esclavo que no conocía era una gran responsabilidad. Aun así, acepté.

—Muchísimas gracias, Mistress Valérie —dijo Madame Gabrielle, con gratitud sincera.

Monique se echó a reír. Por mi cabeza pasaron un montón de cosas. No sabía qué hacer con él. Primero, había que atribuirle un nombre. Se me ocurrió que podíamos llamarle «Conchita». Y así se lo hicimos saber, avisándole de que de vez en cuando le llamaríamos «chacha». Iba a ser nuestra sirvienta particular. Creo que estaba muy contento, que veía en Monique y en mí a unas amas agradables y gentiles. Mientras conversábamos con él acerca de sus gustos, nos enteramos de que le encantaba servir a las mujeres.

—Nos va a venir de fábula para el banquete de esta noche —me dijo Monique—. Para que nos lleve los bolsos, pida las copas, etc.

—Y mañana por la mañana nos traerá el desayuno —añadí, mientras le miraba con desafío.

Entendí lo que hablábamos porque nos dijo que se había comprado un reloj buenísimo para estar siempre a la hora exacta en una cita, ni un minuto antes, ni un minuto después. Sería puntual, no faltaría a las citas que le exigiéramos. Se notaba que ya había hecho mucho camino en su aprendizaje de sirvienta. Y me gustaba no tener que adiestrarle en este sentido.

Empezó a llover de nuevo. Un señor un poco obeso se nos acercó y preguntó si necesitábamos un taxista para llevarnos de una dependencia del castillo a otra y no embarrarnos los zapatos.

—Mi nombre es Atlas, Señoras, y estoy a su disposición. Puedo llevar encima de mi espalda hasta a tres señoras. Soy muy fuerte y mi especialidad es ser un taxi —nos dijo, bajando la mirada.

—Ok. Pero te vamos a cambiar el nombre y te llamaremos Big Berta. Atlas no nos gusta —dije.

Aceptó sin rechistar. Tampoco es que tuviera opción. Monique subió encima de sus hombros y yo a caballo sobre su espalda. Nos pusimos en marcha. Conchita iba detrás con los bolsos y las fustas.

Decidimos picar algo con otras dóninas, en el salón de la Long House del castillo. Requerí a Big Berta y a Conchita para aguantar los platos de jamón, chorizo y queso. Cuando todas decidimos ir a cambiarnos para el banquete, Conchita pidió permiso para hablar conmigo.

—¿Sí, Conchita? ¿Qué te pasa?

—Nada, Señora. Sólo quería decirle que lo que pasó esta tarde fue un malentendido.

—¿A qué te refieres?

—Lo de Mistress Denetra... lo que dijo. No me estaba masturbando, Señora. Me dolía el esparadrapo y quise despegarlo un poco de los genitales. Pero le juro que no me estaba masturbando. No me habría atrevido a hacer eso, allí, delante de ustedes. Jamás. Se lo juro, Señora.

—Quédate tranquilo. No te va a pasar nada, si es lo que temes. Siempre y cuando nos sirvas como es debido.

—Por supuesto, Señora Valérie. No lo dude. Estaré encantado de servirles esta noche.

—Perfecto. Así que ahora ven con nosotras. Vas a arreglar el traje de Lady Monique y limpiar nuestras botas para que estén relucientes esta noche —le ordené—. Y luego, te arreglarás un poco, que das una pena que no te imaginas. No puedes entrar en el salón de Su Majestad con las medias rotas, mírate...

Mientras Conchita observaba su estado, le pinché una media con dos dedos para que viera los agujeros en el nailon.

—¡Ah! Y te maquillaremos de otra manera. Dejas mucho que desear, con esta pinta. —Y me subí encima de Big Berta, quien estaba muy contento por haber encontrado a dos señoras que le habían aceptado y le permitían hacer lo que más le gustaba: transportar personas.

Entre una cosa y la otra, nos quedaba muy poco tiempo para arreglarnos. A todo eso, Madame Gabrielle, que se había enterado de que yo era escritora, me pidió que diera una charla sobre mis libros, después de la ceremonia para elegir al mejor esclavo del año.

Acepté, aunque con ciertas reticencias. Me sentía intimidada ante esta audiencia tan peculiar.

Llegó el momento del banquete. La sala donde se iba a celebrar estaba repleta de dóminas que exhibían su vestuario y sus pelucas. Tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo, de encontrarme en una de esas fiestas versallescas con trajes de época. Me sentí un poco desplazada con mi vestido Dolce & Gabbana, monísimo de la muerte, pero no acorde con el resto. Monique estaba guapísima, con un vestido de metal, top y falda, que había arreglado Conchita porque algunos de los aros que lo decoraban se habían soltado. Seguro que el traje pesaba más que Monique.

Antes de entregar los diplomas a las Sublime Ladies, se iba a elegir al mejor esclavo de 2005. Los candidatos debían pasar una serie de pruebas y el que más puntuación consiguiera sería merecedor del título. A su vez, su dómina ganaría también varios premios. La primera de las pruebas, la más esperada, consistía en azotar a cada esclavo durante tres minutos. El que gritara «*stop*» sería eliminado y no podría participar en las demás pruebas.

Monique y yo nos sentamos en una banquetta, y Conchita y Big Berta se pusieron detrás de nosotras, de rodillas. Cada vez que queríamos algo, iban a buscarlo a la cocina. Los primeros esclavos subieron al estrado para presentar su candidatura. Se eligió a tres dóminas como jurado, y nos dimos cuenta de que las tres eran estadounidenses.

—No es justo —susurró Monique.

—¿Por qué no hay ninguna mistress europea representada? ¡Estamos en la República Checa, no en Irak! —gritó Lady Alexandra, indignada.

Nadie más hizo comentarios y empezó el espectáculo. Los primeros tenían un aguante sobrehumano, soportaron estoicos los azotes hasta que brotó la sangre de sus traseros. Las dóminas su-

daban; muchos esclavos no hacían explícito su dolor para provocar de alguna manera la rabia de la dómina que se esmeraba en pegar más fuerte aún. El concurso era cada vez más cruento. Llegado un punto, Monique se levantó y dijo que no podía aguantar más el espectáculo. Me quedé impresionada. Estaba desafiando el reglamento. Me sentí orgullosa de ella y de todo lo que representaba. Eché un vistazo rápido a la concurrencia. Madame Gabrielle no había venido por sufrir un catarro. Sólo vi a Bart, esclavo de la Reina Patricia. Éste parecía incómodo por la situación que se estaba produciendo. Pero el acto continuó. Preferí desviar la vista del estrado. Al final, acabamos todas fuera de la sala. Bart intentaba poner un poco de orden, pero sin éxito. Monique estaba protestando a la organización y yo le daba toda la razón.

—Y además, no es justo que sólo haya americanas en el jurado —volvió a insistir Lady Alexandra, con lágrimas en los ojos y su maquillaje a punto de echarse a perder.

Creo que había bebido un poco más de la cuenta. Eso, y el ver que uno de sus esclavos había sido castigado con una dureza que nunca antes había sufrido, la había dejado triste y deprimida.

Al final, todo el mundo llegó a un acuerdo. Bart pidió a la gente que volviera a tomar sus asientos y anunció que en adelante las pruebas serían más suaves. Entonces, sin esperármelo, me pidió subir al estrado y formar parte del jurado.

—¿Quién? ¿Yo? —pregunté, incrédula.

—Sí, Mistress Valérie. Por favor.

Monique me hizo un gesto de aprobación con la cabeza. Temblando, me acerqué intentando esconder mi timidez. Pocas veces me he sentido así. Soy una persona con mucha confianza en mí misma y en lo que hago, pero debo reconocer que cuando Bart me pidió formar parte del jurado, no supe cómo reaccionar. Me explicó que, por unanimidad, me habían elegido para sustituir a una señora del jurado. Insistió en que aceptara. Monique no me quitaba el ojo de encima y la vi sonreír. Esa sonrisa me ayudó a aceptar el reto. Me sentí respaldada por ella.

Lo que tuvo lugar a continuación apaciguó los ánimos. Las demás pruebas incorporaban una nota cómica, ya no era castigo puro y duro sino ver cómo se contoneaban los esclavos al ritmo de la música, otra de las pruebas era de libre elección, etc. Contribuyeron a relajar a todos y al final se pudo celebrar la entrega del premio al mejor esclavo del año sin problemas. Después de eso, di una pequeña charla sobre mis libros y el acontecimiento acabó con la entrega de la ciudadanía del Reino del Otro Mundo a algunas dónimas del público, siempre y cuando hubieran visitado el castillo al menos tres veces. Entre las nuevas ciudadanas estaban Amrita, la ama japonesa, Mistress Denetra, la carcelera de Conchita, y Madame Helen, la especialista en *medical*.

Aquella noche, acabé agotada. Había sido un día de emociones fuertes. Sin embargo, me costó dormirme. Había conseguido integrarme en el OWK, la experiencia había colmado todas mis expectativas. Pero echaba de menos lo que había dejado en Barcelona. Tenía ganas de volver a casa.

Llegué de noche a Barcelona, con el teléfono de Christophe registrado en el móvil y la cara sin maquillaje de Conchita fija en mi retina. El avión llegó con retraso. Estuve al borde del colapso nervioso en más de una ocasión. Pero cuando aterricé, ahí estaba él esperándome, con el Ducados entre los labios, las ojeras marcadas, sonriéndome.

Nos dimos un beso al límite de nuestras fuerzas. Me despedí de Monique y fui con mi novio al aparcamiento.

—No te voy a preguntar si estás bien —le dije—. Veo en tu cara que lo has pasado fatal.

—Bueno —contestó—. Podía haber estado mejor.

Volvimos a casa en silencio. No me sentía culpable por haber estado en el Reino del Otro Mundo, pero sabía que para él había supuesto un sacrificio.

Y su única forma de pasar esos días había sido escribiendo en

su diario aquellas tres jornadas de soledad. Curioso. Como los días de mi ausencia. Los que él había podido escribir. Para no dejar de existir. Su diario de un esclavo accidental. Por amor.

Muy a mi pesar.

## «Aquella noche compré un tigre»

Mi segundo viaje al OWK no tuvo nada que ver con el primero. En mi anterior visita me había limitado a mirar, observar cada cosa que sucedía, empapar me de aquel sitio singular y de aquellas personas tan poco convencionales. Cuando regresé un par de meses después, acompañada de mi novio, mi objetivo era hacer una reflexión en profundidad sobre el SM. Mi novio aceptó ir conmigo, no sin reticencias, ya que su naturaleza es todo menos sumisa. Aun así, aceptó el reto de estar en la piel de un sumiso durante dos días. Al ser yo su dómina, no podía pasarle nada, ya que está prohibido castigar a los esclavos ajenos. Tenía ante todo que actuar con humildad y respeto hacia las otras señoras y llevar un collar al cuello cuando no estuviéramos a solas en la habitación.

No había muchos huéspedes en el Reino del Otro Mundo. Cuando llegamos, un jueves por la noche, la mayoría de las dóminas ya se habían ido. Si para mí eso fue un alivio, para mi novio todavía más.

El programa de actividades se había aligerado un poco y empezaba a partir de las cuatro. Puedo decir que este segundo viaje fue más enriquecedor. Yo estaba más relajada, me acompañaba mi novio, y pude entablar conversaciones más sosegadas con algunas amas. Y mi novio no paraba de hacer el besamanos a cada dómina que se paraba a hablar conmigo para que yo estuviera orgullosa de él.

Conocimos a Lilith, una dómina alemana de unos cincuenta años que resultó ser de gran ayuda para mis objetivos. Iba siempre acompañada de un esclavo muchísimo más joven que ella y apenas hablaba con las demás.

El día de la subasta de esclavos compré al sumiso de Lilith, que iba totalmente desnudo, con el cuerpo pintado con rayas que simulaban las de un tigre. Cuando salió a subasta, estaba encerrado en una jaula en suspensión, atado con una correa, pero nadie pujó por él. Me parecía tan admirable aquel esfuerzo que habían hecho ambos, ella al pintarle y él al interpretar tan certeramente su papel, imitando los gruñidos del felino y desplazándose con toda la sensualidad y la prestancia de un animal salvaje, que me parecía un sacrilegio dejar escapar tal espécimen. Me quedé con el tigre y con un sirviente inglés, Objeto, que iba completamente desnudo salvo por un cinturón de castidad que le había puesto su ama. Lilith, agradecida por haber comprado a su esclavo, se acercó a nosotros para explicarme cómo tratar al tigre. Y así conocí la interesante historia de aquella mujer.

Cuando se divorció de su primer marido su vida tomó un giro inesperado. Todas las puertas se cerraban ante ella y no veía ninguna posibilidad de rehacer su vida sentimental. Era gorda, pequeña y fea —éstas fueron las palabras que usó para describirse—; ¿quién iba a querer a una mujer así? Un día, unos amigos suyos la invitaron a una fiesta fetichista. Allí se dio cuenta de que podía reafirmarse como persona, que nadie se fijaba demasiado en su físico porque no era lo más importante y, al poco tiempo, puso un anuncio para buscar a un esclavo. La primera carta que recibió la emocionó. Era de aquel chico con el que ahora comparte su vida. Se encontraron y siguieron juntos el mismo camino dentro del SM, ella como ama y él como su sumiso. Gracias al sadomasoquismo, Lilith volvió a encontrar la autoestima perdida, empezó a escribir en una revista especializada en estos temas y siguió con su afición de toda la vida: la pintura.

Acababa de publicar en Alemania un libro titulado *¿Cómo en-*

*contrar a una ama?*, en el cual explica que muchos hombres tienen la fantasía de encontrar a una mujer dominante pero suelen caer en los estereotipos. En un primer momento, buscan a una mujer guapísima, sin preocuparse por su capacidad intelectual. Lo importante para ellos es encontrar a una mujer que reúna ciertas características físicas. Cuando la encuentran, se dan cuenta de que no es eso lo que realmente están buscando. Así que se ponen a buscar a otra, siempre siguiendo los mismos criterios, y así sucesivamente. Cuando entienden que la ama es, ante todo, una mujer con un buen cerebro, comprensiva, pero no necesariamente una *top model*, entonces entienden mejor por qué tardaron tanto en encontrarla.

Lamenté no pasar demasiado tiempo con ellos. Mi novio también agradeció aquel encuentro. Además, disfrutó con su nuevo papel de sumiso. Después de ver cómo las dóminas azotaban a sus esclavos, me pidió que probara sobre él. Lo hicimos en la intimidad de nuestra habitación para que se sintiera cómodo. Me negué a que lo humillaran las miradas de los demás. Juntos, queríamos probar la experiencia y después hablar sobre ella.

En el OWK entendí que la dominación es sinónimo de control y que no tiene nada que ver con el hecho de que una mujer bella esté infligiendo dolor veinticuatro horas al día. Es más, una dómina muy importante en el ámbito internacional y que estuvo presente durante los días de la celebración llegó a decir lo siguiente: «Me tiene que gustar muchísimo un sumiso para que se merezca que le inflija dolor». Aun así, no es raro ver a dóminas repartir nada más que golpes. Y el SM es mucho más que eso. Una buena ama tiene que ser, ante todo, muy comprensiva. Desgraciadamente, muchas usan el castigo como una forma de competir entre ellas. Y utilizan cualquier tipo de instrumento con tal de dejar marcas mayores que el resto en el trasero de sus esclavos.

Los practicantes más experimentados buscan una verdadera catarsis en una sesión de SM. Y con la ayuda de la ama, irán transgrediendo los tabúes con respeto mutuo, para entenderse mejor.

Muchos, de hecho, hacen cosas que, en la vida cotidiana, no soportarían. En una sesión de SM, «exorcizan» lo que les provoca más rechazo.

La figura del sumiso es sumamente interesante. La gente que practica la sumisión ha entendido, tal y como dice el aforismo taoísta, que «lo más fuerte y poderoso del mundo es también lo más suave: el agua». Es decir, que la sumisión es la mejor arma para dominar totalmente al otro y llevarlo hasta donde uno quiere llegar.

Las nociones de dominación y sumisión no son opuestas, sino las dos caras de la misma moneda. La dominación no tiene por qué ser más o mejor que la sumisión. La clave está en entenderlas como complementarias. Por eso la verdadera dómina, aunque actúe por dinero, ve en el esclavo o en el sumiso su complemento. Y como tal lo tiene que respetar. ¿Qué sería de una dómina sin el sumiso o el esclavo? ¿Y viceversa? Cuando se entiende y se alcanza este equilibrio es cuando realmente se puede llegar al éxtasis entre ambos.

La cuestión del dinero siempre ha levantado polémica. Tanto fuera del mundo del SM como dentro. Porque lo vemos sucio. Muchas personas piensan que no se tendría que pagar por una sesión de SM. No estoy de acuerdo. Cualquier dómina profesional que se precie nos dirá que sin dinero de por medio no la van a respetar. Opinión que comparto totalmente.

¿Por qué existe el SM? Una dómina me dio la respuesta: porque el mundo es imperfecto. Si fuera perfecto, no existirían «perversiones». Lo de la imperfección siempre me ha interesado. Y es que en el OWK encontré a varias personas, tanto dómicas como esclavos, con problemas más o menos notables de minusvalía. Por ejemplo, un esclavo que tenía una falsa pierna y, aun así, estaba siempre de rodillas ante su señora. O una dómina de Noruega que sufría malformaciones en las extremidades, sobre todo en los brazos y las manos. La vi emplear la fusta sin ningún problema. O el caso de Lilith, la dómina alemana que, con cuarenta y seis años, obesa, divorciada y con problemas de autoestima, había encontrado la esperanza a través del SM, un mundo en el que el aspecto físico es secundario.

Después de asistir a todo tipo de humillaciones y castigos, creo haber entendido mejor el proceso de la sumisión. En el fondo, es un proceso de meditación. El sumiso, a través del SM, pretende trascender su ego, superarse a sí mismo. Para ello, fija la conciencia en los golpes que se le van dando. De lo que se trata es de concentrarse para entrar en un estado meditativo. El sumiso de Lilith que compré la noche de subasta de esclavos había adoptado el papel de un tigre. Lilith lo estuvo azotando durante un tiempo difícilmente soportable para el común de los mortales. Mi novio y yo observamos su rígida concentración, que le permitió abstraerse de lo que lo rodeaba. Después, nos explicó que conseguía usar las endorfinas para «volar». Reproduzco literalmente sus palabras, porque no sabría explicarlo mejor. Conseguir eso me parece difícil. Las máscaras y la ropa fetichista son pinturas de guerra y se suelen usar para potenciar la concentración e ir más fácilmente hacia el centro de uno mismo.

Cuando una dómina se pone su vestido de látex o un sumiso se cubre con una máscara de cuero significa que están preparados para que empiece la sesión. Parece que van a gritar: «*Show time!*». Les ayuda, como punto de partida, a entrar en situación.

El SM es una manera de conocerse a sí mismo. Aunque hay muchas otras. Pensar que el SM es la única vía de conocimiento puede llevar a la adicción. Ahora bien, si se sabe que es una más de las múltiples herramientas que tenemos a nuestra disposición, no hay ningún peligro en practicarlo. Alex, el chico austriaco, era esclavo del SM porque creía que era el único medio que tenía para conocer sus límites. Hay gente que necesita que el SM sea una actividad neurótica. Es más, necesitan sentirse marginados para practicar el SM. De esta forma, generan más adrenalina. Tengo que admitir que encontré a muy poca gente neurótica en el OWK. Se nota que son personas que se han pensado a sí mismas.

En nuestra sociedad, el sacrificio de uno mismo está bien visto. Como dije más arriba, si te sacrificas a Dios o a los demás, eres aceptado. Toda nuestra educación está hecha en torno a este con-

cepto. Hay que saber, sin embargo, que «sacrificio» significa etimológicamente «hacer sagrado». El vínculo que existe con la religión explica un poco mejor nuestra mentalidad.

Ahora bien, si te sacrificas y muestras a los demás que disfrutas de ese sacrificio, que obtienes placer, entonces te tacharán de «pervertido» o «depravado».

Existen varias formas de enfrentarse al sufrimiento. La primera consiste en ser estoico, es decir, no mostrar que estás sufriendo. La segunda está en no esconder que te duele. Muchos de nosotros solemos adoptar esta forma e incluso nutrirnos de ella. Pero hay un más allá que pocos entienden: el que no te duela, en definitiva el disfrutar de lo que estás haciendo. En el SM, el proceso del sumiso/esclavo/masquista se basa en esta última forma. Lo interesante sería aplicar esta filosofía del SM a la vida diaria como proceso de conocimiento de uno mismo.

Lo que abunda en nuestra sociedad son los llorones. Escasean los que no contaminan con su dolor. Lo difícil es ir más allá; trascender la humillación es ser inteligente. Pero paralizados por el miedo somos más dóciles. Por eso, la mejor manera de vengarse de la vida es siendo feliz.

## Las consecuencias de mi viaje al OWK

Cuando mi novio y yo volvimos de Praga, me sentí vacía. Volver a la rutina se nos hizo difícil. Fueron sólo tres días pero tuvimos la sensación de haber vivido allí muchísimo más tiempo.

Intenté escribir, pero me dolía la muñeca de no sujetar nada. Mi mano se había acostumbrado al tacto de la fusta. Desempaqueté los objetos que habíamos comprado en Praga, entre ellos un látigo y una máscara de cuero. Cogí el látigo y lo probé contra el saco de boxeo que hay en nuestro salón. Resonó con fuerza. Silbaba. Era flexible a pesar de ser nuevo. Me empapé de olor a cuero.

—Pondré al látigo grasa de caballo —me dijo mi novio.

Noté en sus ojos que no íbamos a poder volver a la normalidad en unos cuantos días. Toutit, la gata, jugaba con la fusta negra. No era nueva para ella, las marcas de sus uñitas ya están grabadas en el cuero. Mi novio estuvo toda la tarde intentando comprar en las subastas de internet látigos bonitos y diferentes. Había casi dos mil pujas de todo el mundo y mil seiscientas correspondían a Inglaterra.

—Ya te dije que los ingleses son los más entendidos —le comenté—. Voy a buscar un sirviente inglés. Son los mejores.

Y me eché a reír. Le pareció una buena idea.

—Pero ¿dónde va a dormir?

—Yo lo pondría abajo, al lado de la bomba de agua —le propuse.

—No se puede vivir abajo. No hay ventanas.

Reflexioné un instante. Tenía razón. Pero él nunca sería un buen amo. Demasiado generoso. Por lo menos fue un sumiso ocasional.

—En la habitación pequeña —se me ocurrió de repente—. Ahí no estaría mal.

Seguí jugando con el látigo de metro y medio, pensando que iba a necesitar mucho entrenamiento antes de poder dominarlo por completo. En una ocasión se me descontroló y me golpeó en el costado izquierdo. No comimos nada en todo el día. No había hambre. Además estábamos muy cansados. No podía pensar con claridad.

—Yo no me he vuelto un converso, ¿sabes? —dijo.

—Ya lo sé. No pretendía que fuera así.

—Ya. Pero si volvemos un día, me gustaría participar más. Antes pensaba que para entender las cosas tenía que tomar distancia. Salirme de ellas. Tengo que entender lo que me sucede viviéndolo al máximo. Como hago contigo.

Le miré un instante con cara de no entender a qué se refería. Se encargó de explicármelo:

—Te amo, amándote.

Durante unas semanas, lo extraño fue encontrarnos en casa, planear los días, ir a la piscina a darnos un chapuzón, incluso si amenazaba tormenta. Lo extraño era eso. No ir a un castillo de sadomasoquistas a pegar con fustas hasta dejar marcas. O encerrar a un hombre desnudo con una máscara de cerdo en una jaula minúscula.

A veces, hasta tuve remordimientos de que hubiera vivido todo eso conmigo. Recuerdo lo que me decía Alex: «Después todo parece insípido». Pero tampoco tenía que ser así si no queríamos.

—¿Sabes?, también acabo de encontrar dónde están los límites de cada uno —me dijo de repente un día, mientras observaba la máscara de cuero.

—¿Ah, sí? —sonreí—. ¿Y dónde están?

Aspiró una profunda bocanada de aire, miró un instante el saco de boxeo, encendió un cigarro y me anunció lo definitivo y verdadero del día:

—Tus límites están donde acabas tú.

